

LOS ESTADOS ARABES DE AFRICA

El mundo árabe ha sido comparado a un gran pájaro con el ala derecha medio extendida y la izquierda extendida del todo. Con arreglo a este símil, los dos países del valle del Nilo, Egipto y el Sudán, corresponden al cuerpo del pájaro; el ala derecha, a medio extender, representa los Estados árabes de Asia, y el ala izquierda, totalmente extendida, los Estados árabes occidentales: Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania, los cuales forman la zona que los árabes conocen con el nombre de Mogreb. Cada una de estas tres divisiones contiene aproximadamente una tercera parte de los 80 a 85 millones de ciudadanos de todo el mundo de habla árabe. Egipto y la zona árabe del Sudán se calculaba que tenían unos 30 millones de habitantes, y el Mogreb, unos 26 millones, en 1959. Esta población es más del doble de la que era al comenzar la segunda guerra mundial, y como quiera que continúa multiplicándose rápidamente, el crecimiento demográfico es uno de los principales factores que afectan a toda la zona. Según la teoría económica actual, este aumento exige un incremento correspondiente de la productividad tanto industrial como agrícola, pero este incremento únicamente puede asegurarse allá donde no sólo existen recursos naturales susceptibles de desarrollo, sino también un adecuado nivel de instrucción y una alta cifra de inversión de capitales. Ninguno de los Estados del norte de Africa está en condiciones de subvenir a sus propias necesidades de capital, y únicamente Egipto se aproxima algo al nivel de instrucción necesario. Además, en Argelia y Marruecos el capital existente se encuentra principalmente en manos europeas. En uno de los Estados recientemente independientes, las veinticuatro veinticincoavas partes del presupuesto de Obras Públicas queda en manos de los contratistas y del personal europeo. Es cierto que una gran parte de este dinero va a parar a los trabajadores musulmanes en forma de salarios, pero no es con los ahorros de éstos—si es que tan siquiera pueden ahorrar—como pueden financiarse los grandes planes de inversión de capi-

tales. Así, pues, todos los Estados árabes del norte de Africa, aunque políticamente independientes, continúan dependiendo de la ayuda exterior para su desarrollo económico. En el caso de Argelia y Mauritania—que aún continúan políticamente sometidas a Francia—, esta ayuda es exclusivamente francesa. En Egipto, la financiación del proyecto más importante para el desarrollo del país, la gran presa de Assuam, la están suministrando principalmente los soviets. Libia, cuyos ingresos fiscales, principalmente por derechos de aduanas, son de unos tres millones de libras esterlinas, cubre sus gastos de más de nueve millones con ayuda de las cantidades que recibe de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, pagando estos dos países en realidad, si no en teoría, por el uso del suelo libico para fines militares. La situación de Libia es probable, sin embargo, que cambie radicalmente en el transcurso de los próximos años, debido al descubrimiento de petróleo en grandes cantidades. Estos depósitos se hallan convenientemente situados a menos de 100 millas de la costa y sin montañas intermedias, con lo que parece probable que Libia haya de unirse a los Estados afortunados, como el Iraq y el Irán, con posibilidades de financiar su desarrollo con sus propios recursos. Por otra parte, los escasos recursos naturales del suelo libico, con un régimen de lluvias inadecuado e incierto incluso en las proximidades de la costa, harán que la utilización productiva de los recursos adquiridos resulte una tarea tan difícil como lo es en la Arabia Saudí. Además, Libia continuará dependiendo durante mucho tiempo de la asistencia técnica y profesional extranjera. Túnez y Marruecos, debido a sus desacuerdos políticos con Francia, y sobre todo a causa de la guerra de Argelia, se han visto privados de la ayuda económica francesa, con la que habían contado para el momento de alcanzar su independencia, y para reemplazar dicha ayuda han tenido que dirigirse a los Estados Unidos. Así, por ejemplo, los sin trabajo de ambos Estados han podido ser alimentados gracias al trigo americano, y la asistencia americana se muestra evidente en muchos lugares inesperados. En Túnez, por ejemplo, existe una institución conocida con el nombre de «Escuela de Idiomas Burguiba», donde los funcionarios tunecinos pueden aprender inglés con ayuda de discos y de los últimos modelos de aparatos reproductores. Todo ello ha sido suministrado por una de las agencias filantrópicas de los Estados Unidos, y su personal es en la actualidad americano. Las potencias occidentales han expresado muchas veces sus temores de que la ayuda económica de los países comunistas tenga el efecto de someter al Estado árabe en cuestión al control político del país donante. La experiencia no confirma esta teoría, en el caso del bloque oriental, más de lo que la

confirma en el caso de Occidente. El temor de perder la ayuda económica francesa no bastó para mantener a Túnez y a Marruecos dentro de la órbita política de Francia; el enorme esfuerzo financiero que actualmente realiza Francia en Argelia no parece haber alterado los sentimientos políticos de las masas a su favor. Experiencias semejantes las han tenido también los soviéticos. Por lo que respecta a la existencia de una cierta cooperación entre Egipto y los soviets en las Naciones Unidas, ello se debe probablemente más a un desagrado común por la política occidental que a la ayuda económica soviética. Esto se vió claramente cuando Irak pareció tomar una dirección comunista. El temor a la reacción rusa en el campo económico no impidió al Presidente Nasser adoptar una fuerte línea anticomunista. Todo lo más que puede decirse es que la opinión pública de los países poco desarrollados—y ello no significa más que la opinión de una pequeña minoría instruída—se ve afectada hasta cierto punto por la concesión o la retirada de la ayuda económica, lo cual no es, en realidad, más que un factor entre los muchos que atraen el sentimiento de los pueblos «no comprometidos» en una dirección o en otra. Ultimamente las potencias comunistas han estado enviando material médico a los nacionalistas argelinos y trasladando a un cierto número de sus heridos a Yugoslavia y Checoslovaquia para su adiestramiento vocacional. Esto ha producido inevitablemente algún efecto. «Es—decía un jefe nacionalista—una situación muy embarazosa para nosotros: somos los más occidentales de todos los pueblos del norte de Africa; toda nuestra educación y formación nos coloca de parte de Occidente en la guerra fría, pero cuando los que proclaman constituir el mundo libre y dicen defender la autodeterminación de los pueblos no hacen nada por nosotros, mientras que los comunistas nos envían esta ayuda, nos colocan en una postura difícil.»

La debilidad de los Estados del Magreb es tan grande en el campo técnico y profesional como lo es en el económico. El papel que juegan los no libios en los servicios médicos e incluso en los jurídicos de Libia es tal que la retirada de los elementos extranjeros conduciría al colapso. Al alcanzar la independencia, tan sólo unos 30 ó 40 de los 2.000 médicos con que cuenta Marruecos eran marroquíes, y el resto eran casi todos franceses o españoles. Aun así se hizo necesario prescindir de algunos de aquellos pocos con el fin de que pudieran servir al país en calidad de diplomáticos, que también escaseaban. Si el rey de Marruecos hubiera dispuesto de pilotos marroquíes cuando quiso enviar a Ben Bella y a los otros cuatro dirigentes argelinos como huéspedes suyos de Marruecos a Túnez, no se hubiera pro-

ducido el cambio de ruta de su avión para Argelia, evitándose una grave causa de fricción entre los dos países. Esta debilidad técnica y profesional, que se hace más evidente en la administración, es una de las principales causas del actual malestar político de Marruecos. Desde el momento en que resulta claramente imposible llevar a cabo una política nacional independiente sin la maquinaria necesaria para ponerla en práctica, existe un desequilibrio constante entre las aspiraciones y la realidad, desequilibrio que conduce a una sensación de frustración. Esta misma debilidad explica la actitud relativamente suave de Marruecos comparada con las de Túnez respecto a determinados aspectos de la política francesa. Si Túnez ha adoptado una línea más decidida, ello no significa que Marruecos esté más favorablemente dispuesto con relación a Francia, sino únicamente que la dependencia de Marruecos de los funcionarios y de la asistencia francesa en diversas esferas no permite al Gobierno marroquí actuar de otro modo. Túnez mismo padece una insuficiencia de profesionales y técnicos, pero su situación es relativamente buena, ya que un 25 por 100 de los médicos que ejercen en el país son tunecinos, frente al 2,5 por 100 de Marruecos. Aun así, existe un marcado contraste entre Túnez y la R. A. U. No sólo dispone la R. A. U. de más médicos por habitantes, sino que, en su mayoría, se trata de ciudadanos del propio Estado. De todos los países del Magreb es probable que la Argelia musulmana hubiera sido la que se encontrara en mejor situación a este respecto, a no ser por los seis años de guerra. Sin embargo, y debido a ella, se da la anomalía de una población musulmana de varios millones, en su mayor parte faltos de instrucción, la mayoría de cuyos profesionales y médicos están con el Frente de Liberación Nacional (F. L. N.) o se encuentran refugiados en Túnez o en Marruecos. Se dice, por ejemplo, que de los once médicos musulmanes que ejercían en Orán al iniciarse el levantamiento en 1954, sólo uno continúa allí, aunque el puesto de algunos de los otros ha sido ocupado por médicos musulmanes que anteriormente ejercían en centros menores. Y mientras que en Argelia ha habido un gran aflujo de médicos franceses tanto militares como civiles, los médicos musulmanes argelinos han abandonado el país y se hallan cubriendo las necesidades médicas de Túnez y Marruecos.

Estos tres problemas fundamentales de los Estados mogrebinos—el rápido aumento de su población, la falta de capital de inversiones y la debilidad técnica y profesional—constituyen las razones principales por las que hasta ahora han jugado un papel secundario en los asuntos del vasto mundo árabe.

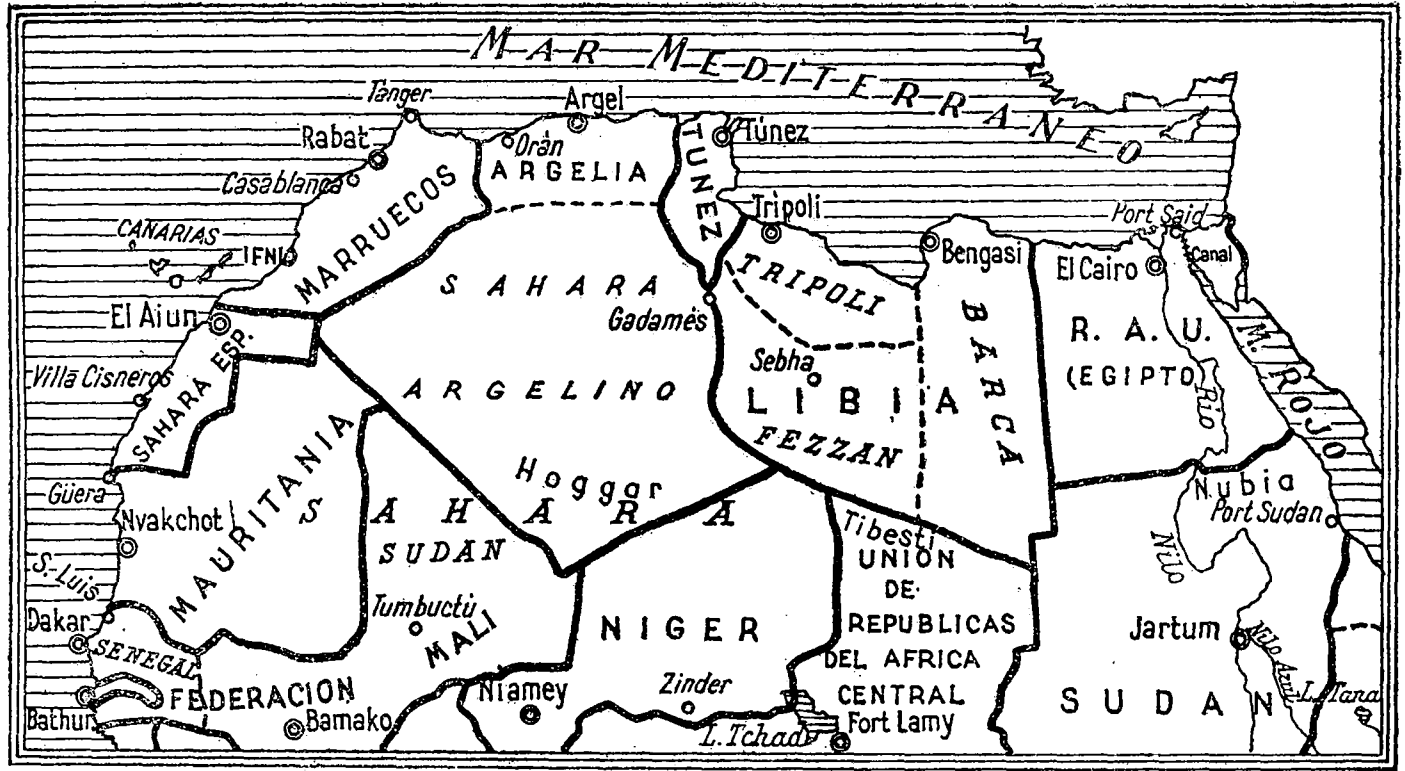
Hablando en términos generales, los Estados árabes orientales se beneficiaron de un período de adiestramiento por parte de sus ocupantes europeos para llegar a convertirse en Estados independientes. Las potencias que los controlaban puede que no siempre se mostraran tan activas en esta tarea como lo hubieran deseado sus discípulos, pero de todos modos lo cierto es que éste era el propósito declarado de los regímenes mandatarios que dominaban en Irak, Siria, Líbano, Palestina y Jordania después de la primera guerra mundial. Algunos de ellos se han visto desde entonces más o menos aliviados de sus angustias económicas por el descubrimiento de petróleo en su subsuelo, mientras que aquellos otros Estados que no han sido tan afortunados se han aprovechado, sin embargo, del transporte del petróleo a través de su territorio, así como de otros resultados indirectos de la abundancia de aquel producto en los territorios vecinos. Y es la preocupación de los Estados mogrebinos por sus propios, inmediatos y acuciantes problemas, más que la falta de un punto de vista común con los Estados orientales, lo que les ha hecho mostrarse y parecer poco entusiastas en causas que todos los árabes sienten en lo más profundo de su corazón. El hecho es que la tarea de conservar todo cuanto había de constructivo en los anteriores regímenes francés o español, junto con la de asimilar la técnica occidental dándole una dirección específicamente mogrebina, ha ocupado totalmente sus energías y puesto a la máxima tensión sus capacidades, dejando pocas posibilidades de atención para los problemas exteriores. Verdad es que hay una evidente excepción en el fuerte apoyo dado por el Presidente Burguiba a la causa de la independencia de Argelia y su franca actitud respecto a Francia, lo cual, sin embargo, se debe a que los factores geográficos y el curso de la lucha han envuelto a Túnez en ésta de una manera tan directa que es imposible para un estadista tunecino ignorarla.

Mientras que las características árabes e islámicas han creado muchos parecidos entre los Estados árabes del norte de Africa, éstos están también fuertemente diferenciados entre sí. En primer lugar existe una notable diferencia entre Egipto, por un lado, y los Estados árabes específicamente occidentales, por otro. Egipto es, con mucho, el más poblado de todos los Estados árabes y el que se encuentra mejor dotado de técnicos. Ciertamente, es el único país árabe que dispone de tal abundancia de profesionales que puede exportarlos en cantidades considerables a otros países árabes. La verdad es que los profesores y funcionarios árabes de Palestina aparecen más que los egipcios en los diversos países árabes asiáticos. Especialmente en la Arabia Saudí, la proporción de funcionarios y consejeros de Palestina es

muy alta, mientras que en Kuwait hay seis o setecientos profesores de Palestina frente a trescientos egipcios. Ello, sin embargo, se debe al hecho de que los primeros se han visto obligados a buscar ocupación en el extranjero a causa de la pérdida de su país. Con todo, Egipto, a pesar de no contarse entre los países ricos en petróleo, tiene un presupuesto nacional mayor que el de cualquier otro país árabe, a causa de la inmensa fertilidad de su suelo y por el hecho de que la economía egipcia, a diferencia de la de todos los demás países del Oriente árabe, no depende de los caprichos de su régimen pluviométrico. La emancipación política de Egipto comenzó antes que la de los demás Estados árabes. Egipto es el centro intelectual del mundo árabe y el único país árabe con una producción literaria comparable a la de los Estados Europeos menores, y es también el único país árabe que cuenta con una importante industria cinematográfica que expande sus ideas e influencia por todo el resto del mundo árabe, así como de una modesta pero constante vida teatral sostenida por un cuerpo de actores profesionales. Puede, ciertamente, criticarse la política exterior del régimen por su excesiva ambición y por echar sobre los recursos egipcios una carga que puede resultarle difícil de sostener. Con todo, el régimen está firmemente arraigado en el terreno nacional donde nació, y se ha enfrentado con notable éxito con una serie de crisis tanto internas como externas. Dada la posición central de Egipto, su alto nivel intelectual y su relativa riqueza y población, es inevitable que aspire a jugar un papel importante como dirigente en el mundo árabe en general. Aunque en realidad Egipto haya tenido menos éxitos en los asuntos árabes que en sus tratos con Occidente, no por eso aquéllos dejan de ser apreciables. El Presidente egipcio es el único dirigente árabe que, hasta el momento, ha sido capaz de excitar la imaginación árabe tanto en el Este como en el Oeste, convirtiéndose en un símbolo del progreso árabe. La unión voluntaria de Siria a Egipto para formar la República Árabe Unida fué un éxito de primer orden, y a pesar de las críticas malintencionadas, no hay razón para creer que la Unión—y el Presidente Nasser personalmente—han perdido hasta el momento nada de su popularidad en Siria, por muchas reservas críticas que hagan los políticos Baathistas y algunos hombres de negocios. En sus tratos con otros dos Estados árabes asiáticos, puede decirse que Egipto ha obtenido un éxito parcial. La unión con el Yemen fué, indudablemente, una victoria de prestigio, por más que su principal resultado en la práctica haya sido comprometer a la R. A. U. a apoyar el régimen reaccionario e impopular del Imán Ahtmad, que es precisamente el tipo de régimen que los nacionalistas árabes denun-

cian a la Gran Bretaña por favorecerlo en otras partes. Así, pues, en conjunto, la unión con el Yemen parece más bien una pérdida que una ganancia para Egipto. Por otro lado, el resultado de la lucha civil en el Líbano, en la que las simpatías egipcias estaban de parte del partido anti-Chamoun, puede ser considerado como un éxito reducido para Egipto. Si el partido de Chamoun puede proclamar que él es el que salvó al Líbano de ser absorbido por la R. A. U., hay por lo menos la misma razón para proclamar, como hacen sus oponentes, que en realidad han sido ellos los que salvaron al Líbano de verse separado totalmente del mundo árabe y convertido en un satélite de las potencias occidentales. Sin embargo, no cabe duda de que el carácter egipcio es, en ciertos aspectos, marcadamente diferente del de los demás pueblos árabes. Suele atribuirse esto al hecho tantas veces aludido de que ha habido menos uniones de árabes con los habitantes primitivos del valle del Nilo que los que ha habido con los de otros países ocupados por ellos en el curso de sus conquistas. No obstante, se trata únicamente de una presunción; no hay pruebas que la apoyen, y dada la proximidad de Egipto a Arabia—y la belleza de las mujeres egipcias—, parece muy improbable. Más probable es la explicación de que Egipto es en realidad un enorme oasis con todas las características de tal, mientras que los demás Estados árabes se aproximan más a las condiciones que dieron origen a los beduinos, cuyos ideales constituyen un elemento tan esencial en la civilización árabe. Los beduinos y los moradores de los oasis viven, desde luego, en una especie de simbiosis obligada, pero en ello entra también una parte de desconfianza y desagrado recíproco, que nace de la base económica totalmente diferente de sus respectivas vidas. El beduino mira al habitante del oasis como un ser degradado por la práctica de la agricultura, mientras que el habitante del oasis considera al beduino como un vagabundo inquieto y peligroso. Parte de esta misma desconfianza parece existir en las relaciones de Egipto con el mundo árabe, y hacer que los estadistas egipcios se muestren a veces insensibles a las probables reacciones árabes. De esta suerte, frente a los éxitos egipcios, pueden registrarse también algunos fracasos. El peor de ellos fué el fracaso de la tentativa de arrastrar al Sudán a una especie cualquiera de unión política con el alto y el bajo Egipto. Poco menos desastrosa fué la enajenación del Gobierno revolucionario del Irak después de que el prestigio alcanzado por la propaganda nacionalista árabe de Nasser había contribuido a derrocar el régimen de Nuri al Saïd. Los estadistas egipcios tienen una cierta tendencia a confundir el entusiasmo que despierta Nasser como símbolo del renacer árabe en los países so-

metidos a un Gobierno extranjero o impopular, con el entusiasmo por la política concreta de Egipto. A este respecto, sin embargo, no ha sido menor la falta de entendimiento de los estadistas británicos y franceses. La creencia francesa de que la propaganda de Nasser era la causa del levantamiento argelino y de que eran sus oficiales los que organizaban la lucha en Argelia era realmente ridícula, como lo era la idea británica de que Nasser podía y deseaba atraer a los Estados del norte de Africa bajo la dominación egipcia. En Libia, Egipto sobreestimó su influencia, con lo cual derrotó sus propios fines. Su apoyo a Bashir al Saadawi durante el período inmediatamente anterior a la independencia resultó desastroso, y las tendencias hacia Oriente que casi inevitablemente mostró Libia cuando era la única de todos los Estados árabes que había alcanzado la independencia, se modificó inmediatamente cuando surgieron Marruecos y Túnez como contrapeso. Verdad es que la influencia de la cultura egipcia sigue siendo grande en Libia, y es de recordar que las dos provincias del Reino Unido de Libia están divididas por diferencias religiosas y culturales, así como por una gran extensión de desierto. La provincia oriental—Cirenaica—ha estado, sin duda, más unida al través de su historia al Norte y al Este que al Oeste. En la actualidad, el rey Idris es el principal lazo de unión que asegura la unidad del Estado, y todo el mundo habla de lo que ocurrirá el día que se muera. El petróleo recientemente encontrado en Cirenaica hace que esta unión con la R. A. U. constituya para los dirigentes de esta última un proyeco mucho más atractivo de lo que era anteriormente. En el caso de Túnez, la actuación egipcia se señaló por una extraña torpeza: el apoyo prestado al oponente de Burguiba, Salah Ben Yusuf, demostró un juicio completamente erróneo de los caracteres de ambos hombres y de su posición con relación al pueblo tunecino. La cuestión continúa todavía envenenando las relaciones entre los dos países. Cierito que Egipto puede justificar su negativa a expulsar a Salah ben Yusuf como una acción que sería contraria a las tradiciones de la hospitalidad árabe. Desgraciadamente, sin embargo, sus acciones pasadas prestan cierto crédito a las sospechas tunecinas de que la verdadera razón es el deseo por parte de Egipto de guardar una baza en reserva para una posible ocasión futura. Por el momento no hay probabilidades de que surja semejante ocasión, y Túnez tiene ciertamente sus propias dificultades en el terreno económico, debido sobre todo a la incertidumbre y a la irregularidad de su régimen de lluvias. Las variaciones en este aspecto son tan grandes que mientras que un año se produce un gran exceso de trigo para la exportación, al año siguiente puede resultar necesario realizar importacio-



nes en una escala igualmente grande. La misma dificultad se presenta por lo que respecta a la producción de aceite de oliva de los magníficos olivares tunecinos. En el terreno político también existen dificultades como consecuencia de la guerra de Argelia. Geográficamente, Túnez, aparte la llanura costera, no es más que la prolongación de Argelia. Fuerzas del ejército de liberación argelino, en número de varios millares, se encuentran apostadas en la tierra de nadie, entre la línea Morice y la frontera tunecina, y desde allí llevan a cabo acciones de hostigamiento contra la línea fortificada, tratando de pasar refuerzos a través de la misma hacia el interior. Sus concomitancias en Túnez plantean a los franceses el mismo tipo de problema que el general Macarthur quiso resolver en Corea atacando al Viet Minh al través de la frontera china. En otros aspectos, sin embargo, Túnez tiene la ventaja de ser un país bastante homogéneo y con un Gobierno fuerte dirigido por un jefe indiscutido y apoyado por un partido político bien organizado, disciplinado y sin tener que hacer frente a ninguna otra organización política rival. El Estado dispone de un número bastante considerable de técnicos y de funcionarios bien experimentados; su política ha sabido ganarse grandes simpatías y el apoyo de las potencias occidentales, aparte, naturalmente, Francia. Los trabajadores se ven apoyados y animados por un sistema de «*chantiers de travail*», y su trabajo ha sido utilizado para emprender grandes obras de repoblación forestal y de roturación. Se han realizado grandes esfuerzos para suprimir por completo la cría de cabras en las zonas en que los daños producidos por estos animales pueden perjudicar a la repoblación forestal y contribuir a la erosión. El turismo se ha desarrollado inteligentemente, y en muchas ciudades y pueblos se ven signos de actividad constructiva (si bien, a veces, un tanto desordenada), debida a la iniciativa local.

Marruecos es un país mucho mayor y con mayores ventajas naturales. Políticamente sigue siendo una monarquía absoluta. Los cuatro primeros Gobiernos después de la independencia nacional gobernaron mediante ministros que eran personalmente responsables de sus propios departamentos, pero que en realidad no formaban un Gobierno colectivamente responsable de la formulación de una política y de la ejecución de la misma. Bajo este sistema había una falta del sentido de la urgencia y de la resolución que exige un país que se enfrenta con la variedad de problemas con que tiene que vérselas Marruecos. Los ministros se quejaban de que eran como simples figuras en un juego de sombras, manejadas por una fuerza misteriosa entre bastidores. A este problema se le dió una publicidad sensacional en el mes

de abril, cuando el viceprimer ministro, Abdurrahim Bouabid, en una entrevista concedida al corresponsal del *New York Times*, dijo que la única alternativa posible a una forma de Gobierno constitucional era un Gobierno más directo y personal por parte del monarca, bien ejerciendo una responsabilidad directa o bien actuando al través de los elementos tradicionales y feudales del país. La respuesta del rey fué aceptar el reto y nombrar un Gobierno abiertamente palatino, encabezado por su propio hijo, el príncipe heredero, con la promesa de otorgar una constitución en el plazo de dos años. La independencia llegó a Marruecos tan de repente que una Administración sin experiencia y en gran parte impreparada se encontró con que tenía que hacer frente a una serie de problemas capaces de poner a prueba a los administradores más expertos. La economía de la zona controlada por los franceses, que comprendía las nueve décimas partes del país y que incluía la gran ciudad industrial moderna de Casablanca, con sus 750.000 habitantes, se expandía con una rapidez punto menos que americana, promovida por los expertos franceses y estimulada por el capital francés que aflúa al país por una serie de motivos aparte de los puramente económicos. La tarea de adaptar esta economía a las condiciones de un Marruecos independiente y predominantemente musulmán constituye en sí misma un problema poco menos que insoluble. Otro y no menos difícil fué la necesaria pero penosa asimilación de las antiguas zonas española e internacional en un Marruecos unido. Inevitable, pero, con todo, desgraciadamente, el Gobierno marroquí de Rabat tiene una cierta tendencia a considerar la zona Norte con los ojos de los antiguos funcionarios franceses y, por consiguiente, a subestimar su importancia y no tener en cuenta sus características especiales. Así, por ejemplo, los disturbios del Rif a finales de 1958 se debieron principalmente al fracaso del Gobierno central por lo que respecta a no haber tenido en cuenta la personalidad y los sentimientos de los rifeños. Económicamente, la zona se beneficiará si el Gobierno se muestra capaz de llevar a cabo el proyecto para la creación de una factoría de acero en las cercanías de Uxda, utilizando la antracita y el hierro procedentes de las provincias limítrofes. De todos modos, acaso la mejor esperanza para el futuro del país descansa en el vigor y la diversidad de los habitantes del campo y de las montañas marroquíes. Nadie que haya visto a los varios cientos de danzantes populares procedentes de todo el país, desde el Rif en el Norte hasta el Medio y el Alto Atlas y el Sur lejano, tomar parte en el festival de Marraquex el pasado mes de abril, puede dejar de sentirse impresionado por la vitalidad del pueblo marroquí. Una vida popular tan

intensa habrá de hacer salir adelante al país cualquiera que pueda ser la debilidad momentánea del Gobierno central.

Dentro de la Comunidad francesa, al sur de Marruecos y lindando con el Africa Occidental española, está la República islámica de Mauritania. Este Estado, que alcanzará su independencia el año que viene, tiene unos 500.000 habitantes, en su mayor parte nómadas, de lengua árabe y muy viriles. Hace aproximadamente mil años, cuando todavía hablaban el bereber, salió de ellos una de las más grandes dinastías marroquíes. Ocupada por los franceses como consecuencia de la ocupación general de Marruecos, Mauritania está ahora en camino de convertirse—con la ayuda técnica y económica de Francia, ayuda que habrá de pagarse con los derechos que se espera obtener de la explotación del hierro de Fort Gouraud—en una especie de «Transjordania» norteafricana. El actual presidente del Consejo, Moktar ould Daddah, se propone lograr la independencia del país, rechazando las alternativas de convertirlo en parte de la O. C. R. S. francesa de Marruecos.

Por otra parte, insiste en el carácter árabe de Mauritania, hasta el punto de protestar contra la aceptación de la ayuda técnica israelí por parte de los Estados africanos del Sur. Mientras tanto, los jefes de la oposición, proclamando que el país carece de los recursos necesarios para la independencia, han reconocido como soberano al rey de Marruecos y han buscado refugio en Rabat. El antiguo ministro de Educación de Mauritania ha sido nombrado recientemente director de Radio Marruecos, mientras que otro notable mauritano ha sido nombrado embajador de Marruecos en Libia. Los territorios situados entre las actuales fronteras de Mauritania y Marruecos tienen una gran importancia debido a la montaña de hierro que existe cerca de Tinduf (3.000 millones de toneladas), pero aunque esta zona tiene un cierto carácter mauritano, no parece que el actual Gobierno de Mauritania abrigue ninguna aspiración territorial en ese sentido. De esta suerte, el futuro de Tinduf, con su mineral de hierro capaz de satisfacer las necesidades de la Europa occidental por muchas décadas de años, se disputa en la actualidad únicamente entre Francia y Marruecos. Sin embargo, si Argelia llegara a lograr su independencia, podría llegar a ser un punto de fricción entre este país y Marruecos, ya que esta zona, que primitivamente fué considerada como marroquí, sólo fué incorporada a Argelia por el Gobierno francés al completar la ocupación de Marruecos en 1934.

Este problema es uno de los muchos planteados por el incierto futuro de Argelia. Fué la ocupación de la ciudad de Argel por los franceses en

1830 lo que marcó el comienzo del dominio europeo en el mundo árabe. Si Francia logra conservar el Mogreb central, el norte de Africa continuará siendo una esfera de influencia francesa, y la independencia de Marruecos y de Túnez seguirá siendo limitada. Sin embargo, si Argelia llega a ser independiente, el norte de Africa llegará a ser tan completamente árabe como lo es el mundo árabe del Oriente Medio.

Durante los seis últimos años Francia ha realizado un inmenso esfuerzo en Argelia, enviando algunos de sus mejores administradores de la metrópoli y muchos de sus militares más experimentados de sus antiguos protectorados de Túnez y Marruecos. Ha enviado, equipado y mantenido un ejército de 500.000 hombres. Argelia ha sido aislada de sus vecinos musulmanes por medio de una doble línea de alambrada electrificada. Entre esta doble barrera se ha creado una extensa «zona prohibida» al este y al oeste de la misma, trasladando a todos los residentes en dicha zona, que ha sido ocupada por fuerzas francesas en constante estado de alerta. El litoral del Norte está bloqueado y la frontera del Sahara es objeto de una vigilancia permanente mediante patrullas aéreas. Más de 1.250.000 campesinos han sido trasladados de sus poblados con el fin de que las fuerzas rebeldes no puedan convivir con ellos, y «reagrupados» bajo el control directo de las autoridades militares y civiles. Donde existen posibilidades de trabajo y, por lo tanto, de asentamiento permanente, las chozas comienzan a ser reemplazadas por poblados bien construidos y provistos de escuelas, clínicas, Ayuntamiento (con un «alcalde» musulmán nombrado por elección), agua corriente y electricidad. La Administración del territorio se ha facilitado dividiendo los anteriores tres departamentos en doce, con 71 «arrondissements». En estas circunstancias los habitantes (fellahin) habrán de beneficiarse con el tiempo de los servicios sanitarios y médicos, que nunca habían tenido anteriormente. Sin embargo, no hay razón para creer que todo ello debilite sus sentimientos nacionalistas, puesto que saben que todas esas mejoras tienen su último origen en el levantamiento. La verdad es que para los habitantes musulmanes el país es una especie de enorme reformatorio en el que la «buena conducta» supone importantes beneficios materiales, pero en el que el control decisivo está exclusivamente en manos de los guardianes. Se tiene la impresión de que el pueblo permanece en un estado de rebelión abierta o reprimida, o todo lo más en una pasividad reacia. Más de 150.000 musulmanes han resultado muertos en la lucha, y otros 150.000 han buscado refugio en Túnez o en Marruecos.

Por estas y otras medidas un tanto crueles, los más importantes bata-

Hombres insurgentes se han dislocado y los residentes europeos pueden moverse a la luz del día con una relativa seguridad, siempre que eviten determinadas zonas peligrosas. Sin embargo, a pesar de ello, la rebelión continúa y no hay síntomas de que vaya a surgir una «tercera fuerza» que sirva de base y motivo para la formación de un Estado autónomo y asociado, de una «Argelia argelina» que constituye claramente la esperanza del general De Gaulle. Tales circunstancias han conducido a éste finalmente a dirigirse a los hombres del Gobierno provisional de la República de Argelia, como «dirigentes de la insurrección», invitándolos a negociar abiertamente en términos que les sea posible aceptar. A pesar del resultado negativo de tales negociaciones, implican por sí mismas un cierto reconocimiento del Gobierno provisional de la República de Argelia como el principal, si no el único, representante de la opinión musulmana argelina, lo cual, unido a la presión cada vez mayor de la opinión mundial, a la obtención de la independencia por parte de todos los Estados africanos de la Comunidad francesa, al creciente deseo de paz del pueblo francés y a la emancipación de los musulmanes, parece constituir una indicación bastante clara de que la independencia argelina es ya algo inevitable.

La creación temporal de un Estado autónomo asociado con Francia pudiera facilitar más que perjudicar un desarrollo en tal sentido. Existe un precedente en el caso de la República del Eire, que pasó por un estado de crisálida como Estado Libre de Irlanda, asociado con la Gran Bretaña y con el Commonwealth antes de lograr finalmente su total independencia.

NEVILL BARBOUR